

Parece que Madrid tiene como objeto dar la razón á cuantos suponen que esta vida moderna es enervadora de las energías naturales. Tal nos pintan á este pueblo en otros tiempos de exuberante y animado en su suelo cuando era casi modesta aldea, y tal le vemos de infecundo y triste en sus paisajes hoy que vincula la capital de la Nación.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

## UNA BUENA OBRA

Corría el año de 1496, dejándose sentir el más crudo invierno que desde largo tiempo había sufrido la Italia meridional. Las lluvias, las nieves, los horribles temporales que conmovían la tierra y agitaban los mares impedían todo trabajo, y las clases menesterosas sufrían los estragos del hambre y la miseria.

Serían las doce de una noche lluviosa y fría. Una pobre mujer vagaba por las calles de Roma, llevando en brazos un niño de unos tres años que recostaba la cabeza sobre el hombro de su madre, más que vencido por el sueño, soporado por la debilidad.

El traje, aunque destrozado, revelaba el origen español de aquella desgraciada, que cubría al pobre niño con los deshilachados restos de una manta moruna de múltiples pero desteñidos colores. Aquella mujer era una de las muchas que seguían á sus hijos, hermanos ó maridos que acudían á Italia á servir á sueldo en los ejércitos españoles.

Parecía estenuada de fatiga y marchaba de una manera vacilante. Ni un alma cruzaba las solitarias calles.

En una esquina se veía una imagen de la Madona, defendida por un guardapolvo de madera de forma triangular, del cual pendía un farol que la piedad de los vecinos alimentaba.

La mujer se detuvo; recostóse en la pared y dirigió sus ojos á la Virgen, murmurando sus labios una oración.

A los vacilantes reflejos de la llama se veía su pálido y demacrado semblante. Debía haber sido hermosa.

Apoyando su descarnada mano sobre la cabeza de su hijo, se agitaba convulsa; dos gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas y entre sollozos murmuraba:

—¡Madre de Dios idolatrada, nada os pido para mí; pero tened piedad de mi hijo..... va á morir de hambre y de frío..... sed su amparo..... y tomad mi vida!.....

Pronunciadas estas palabras, que parecían desgarrar su alma, cayó de rodillas, rompiendo en amargo llanto.

El viento rugía al chocar con los edificios; la lluvia era torrencial; y aquel grupo, caído sobre la pared, hubiera parecido masa inerte á no ser por los entrecortados suspiros de aquella desventurada, que olvidada del mundo, parecía condenada á morir sin consuelo.

Sintieronse pasos y se vió avanzar hacia aquel lado un hombre y una mujer. Ambos se pararon en la casa en que estaba colocada la imagen, disponiéndose él á abrir la puerta, auxiliado por la luz de una linterna.

La mujer percibió un suspiro de la pobre madre; volvió la cabeza y se dirigió rápidamente hacia ella, llamando la atención del que la acompañaba; puso la mano sobre la frente de la mendiga, que había quedado silenciosa é inmóvil, y la retiró asustada.

—¡Mauricio, está muerta!.....

pitales europeas; se agita con el vértigo moderno, pero perdió casi todas sus encantadoras cualidades de antaño, aquellas cualidades que le hacían, según Fernández de Oviedo, excelente para sanar y convalecer de morbos y pestilencias.

Como antes dije, estuvieron en relación inversa la importancia de Madrid y sus cualidades naturales, y á medida que aquella iba aumentándose, con pujanza que sólo amenguaron circunstancias intervalos desaparecidos después, éstas disminuyeron hasta llegar á la poco favorable condición en que hoy las podemos apreciar todos.

—No—contestó él pulsándola;—vive, pero la fiebre la devora y su debilidad es extrema. Llama, María, llama y socorramos á esta desventurada.

Un joven y una mujer acudieron, y entre todos trasladaron á la madre y al pequeñuelo al interior de la casa.

Mauricio Alfieri y su mujer María Collani eran justamente apreciados por sus convecinos: no tenían hijos y vivían modesta pero cómodamente con el producto de las drogas y preparados químicos que él confeccionaba, y de los preciosos bordados en oro y sedas en que ella hacía verdaderas maravillas.

Sobre la puerta de la casa se leía en gruesos caracteres: ALFIERI: ALQUIMISTA.

Todos los auxilios de la ciencia y el más humanitario esmero fueron inútiles: la pobre mendiga perdía fuerzas por momentos, y sólo alguna vez exclamaba débilmente: «¡Juan!..... ¡hijo mío!.....»

A la mañana siguiente, una última llamarada pareció animar su inteligencia; abrió sus grandes ojos, los fijó alternativamente en su hijo y en María Collani; los elevó al cielo, y después..... los cerró para siempre.

Un Padre dominico, que había permanecido varias horas junto á ella, la bendijo, y volviéndose al honrado matrimonio, murmuró: «¡Pobre niño!»

—¡Ah!..... no temáis por su suerte—dijo María con exaltación verdaderamente cristiana.—Esta dolorosa escena no se borrará de mi mente jamás. Si ella no ha podido hablar, yo he percibido en su mirada la súplica que me hacía, y ha muerto tranquila, pues sin duda en la mía ha encontrado el juramento que prestaba de no abandonarlo; juramento que cumpliremos..... ¿verdad, Mauricio?

—¡Quién lo duda!..... A este niño, nacido en la desgracia, debe criarlo la caridad.....

La Santa Madona había oído el ruego de la pobre madre..... tomaba su vida, pero le ofrecía amparo á su desvalido hijo.....

Los esposos Alfieri cumplieron como buenos, y á los quince años, aquel pobre niño que recogieron exánime, era un robusto mancebo, alto, mo-

reno, de ojos negros, que recordaban de continuo á María las últimas y suplicantes miradas de su madre. Sabía leer, sabía escribir, lo cual era un portento de cultura en aquellos tiempos; pero era imposible pensar en dedicarle á ocupación alguna sedentaria; el nombre de Carlos V y el estruendo de su gloria y sus campañas excitaban su mente hasta el delirio.

Una mañana, los esposos Alfieri leían una carta que regaban con lágrimas; en ella el joven les pedía perdón y se despedía de ellos, marchando á realizar sus juveniles ensueños, de alistarse bajo la gloriosa enseña del Emperador, en los tercios del Marqués de Pescara.

Nada volvieron á saber de él, rezando cristianamente á su memoria y sintiendo en el alma un inmenso vacío, pues le amaban como á un hijo.

Se acercaba el mes de Mayo de 1527, mes célebre en los fastos de nuestras luchas exteriores y mes de imperecedero recuerdo para toda la cristiandad. Ardía la guerra en las feraces y desventuradas llanuras de Italia, teatro casi constante de todas las contiendas de la Europa de los siglos XVI y XVII.

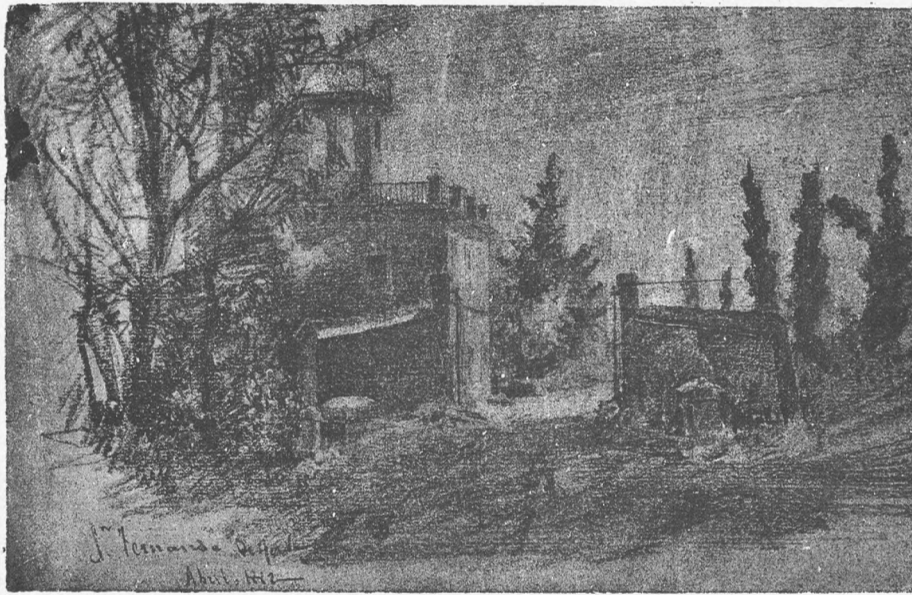
Los errores y deslealtades de Clemente VII, y la formación por su iniciativa de la famosa Liga Clementina contra el Emperador, le atrajo la enemistad de éste, que mandó á sus generales combatirle sin piedad.

El principal ejército imperial, compuesto de alemanes é italianos, y á que servían de base los famosos Tercios españoles, estaba á las ordenes del Duque de Borbón. Sin pagas, desnudos y aniquilado por completo el país, la situación de aquellos hombres era imposible, sin tener el Duque más medio de contenerlos que la oferta de llevarlos á la conquista de grandes y ricas ciudades que pudiesen ofrecerles inmenso botín.

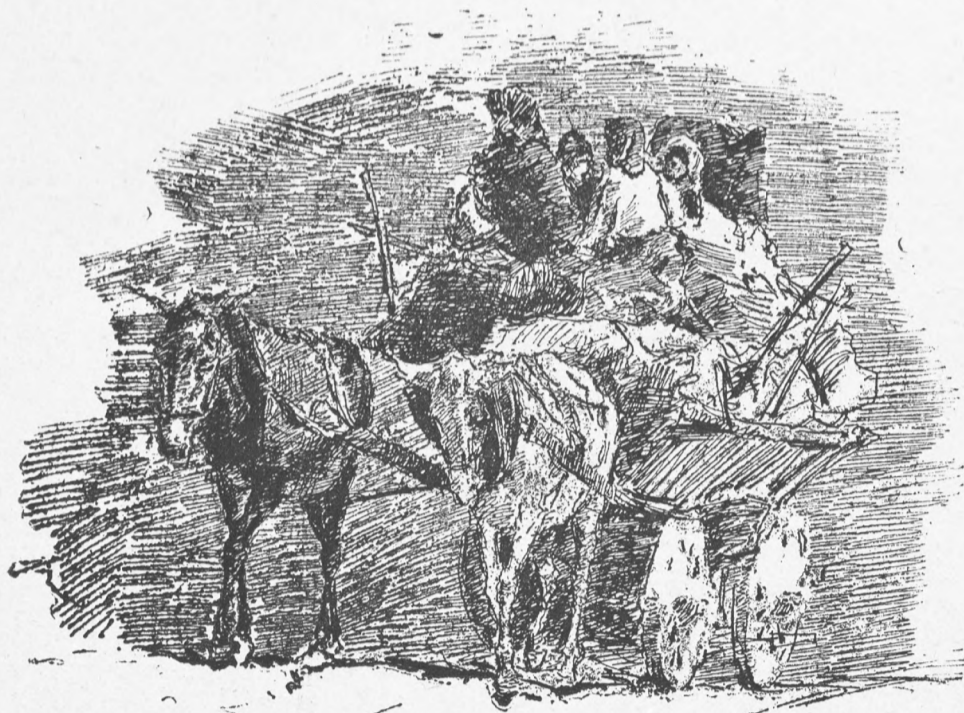
Los esfuerzos del Virrey Lennox para impedir la marcha sobre Roma resultaron estériles, y el mismo Duque de Borbón era impotente para detenerlos, pues Roma era el *desiderátum* de sus más risueñas esperanzas.

Marchaba Borbón rodeado de los Tercios, yendo como guardián de su persona el Capitán de arcabuceros Jorge Malladas, que en pocos años se había conquistado un nombre esclarecido y una reputación temible.

El 6 de Mayo, bajo el horrible fuego de la mosquetería pontificia, el ejército de Borbón, sin artillería, sin casi municiones, se lanzó al asalto. El Duque



al dirigir el ataque cae atravesado de un balazo. Malladas le cubre con su capa: coge la bandera del 5.º Tercio, y saltando sobre montones de cadáveres, se precipita á la muralla gritando: ¡Venganza!... Las escalas vacilan y crujen bajo el peso de los fieros guerreros: todo cede á su aso-



Carro de ccmediantes, por MORENO CARBONERO

lador empuje, y al caer la tarde, la enseña imperial ondeaba victoriosa sobre los aportillados muros de la Ciudad Eterna. ¡Horrible noche!...

Los soldados, rota la disciplina, perdida la obediencia de sus jefes, cayeron sobre la ciudad como inmenso tropel de fieras sedientas de sangre y de pillaje.

Jorge Malladas, seguido de cuatro arcabuceros fieles á su persona, corre como el viento en dirección á un extremo de la población.

Llega ante la Madona ya conocida de nuestros lectores. En aquel momento una turba de lansquenetes trataban de violentar la puerta de la casa de Alfieri; casa que aún se conservaba como la dejamos diez y seis años antes.

—¡Atrás!.....—grita el valeroso capitán—¡atrás, canalla!..... Esa casa es sagrada!.....

—¡Aquí no hay nada sagrado!..... ¡Todo nos pertenece!.....

—Si no hay nada sagrado, habrá algo temible—exclama Malladas, y con sus arcabuceros se pone delante de la puerta, resuelto á defenderla como un león enturecido.

Los lansquenetes, ávidos de botín, pero nada ganosos de combatir, retrocedieron, corriendo en busca de más fáciles empresas.

—¡Bato!—gritó el Capitán, dirigiéndose á uno de los soldados—trepa por esa ventana y coloca en lo alto esta bandera, y cogiendo un carbón, puso sobre la blanca pared este letrero: *Quinto Tercio, Casa de Malladas*.—Ahora—añadió,—llamar á la puerta en nombre del Emperador, y amenazar, si no abren, con quemar la casa.

Ante las voces y las amenazas de los soldados, abrióse la puerta.

Dos ancianos aparecieron arrodillados implorando piedad.

Malladas, visiblemente emocionado, se acercó y les dijo:—Levantáos y nada temáis. ¿Tú eres Mauricio Alfieri y tú María Collani?

—Sí—exclamaron aquéllos con voz temblosa.

—Pues bien; os repito que nada temáis. Está izada en vuestra casa la bandera del 5.º Tercio, y su sombra es sagrada: además, nosotros estamos aquí para defenderla y protegeros. Dadnos de comer y de beber; estamos muertos de hambre y de fatiga.

Ya puede comprenderse la prontitud y el esmero con que serían servidos.

—Bato—dijo Malladas al terminar,—á descansar y perder cuidado, que si estáis alejados del saqueo, no perderéis ni las pagas, ni la parte que en todo os corresponda.

—Mi Capitán, nosotros nada queremos que no sea nuestro, y cumpliendo nuestro deber, estamos á sus órdenes.

Quedóse solo Malladas con sus patrones, los cuales, agobiados de dudas y temores, guardaban silencio.

En este momento entró un criado con un farol en la mano. Venía pálido y temblosa.

—¿Qué es eso, Leti?—dijo Alfieri.

—Señor, es la hora de colocar el farol delante de la Madona, pero.... no me atrevo... sería una temeridad salir á la calle.

—Es verdad—dijo María;—no, no salgas, que si queda sin luz la Virgen, ella nos lo perdonará.

—¡Quedar sin luz la Madona!...—gritó el Capitán.—No, y esta noche menos. Trae—y cogiendo el farol y con el sombrero en la mano salió, lo colocó en su sitio y permaneció algún rato contemplando la imagen.

Aquel hombre cubierto de polvo y sangre de los combates, endurecido su corazón por la ruda vida del campamento, murmuraba fervorosa oración con los ojos arrasados de lágrimas.

Los patrones desde una ventana lo contemplaban con verdadero asombro.

Al poco rato regresó; cerró la puerta, dejándose caer sobre un sillón, ocultando el rostro entre las manos. Los patrones le rodeaban, pero guardaban silencio, respetando su dolor.

De pronto levantó la cabeza, les cogió la mano, y con acento conmovido les dijo:

—Hace diez y seis años que un huérfano ingrato hirió vuestros corazones, abandonando esta casa en que vosotros cerrasteis los ojos de su pobre madre y le cuidasteis como á un hijo.

Los esposos Alfieri, que le contemplaban con indecible ansiedad, exclamaron:

—¿Pero?.....

—¿Sabéis de él?

—¡Padres míos!... ¿me perdonáis?—dijo el Capitán cruzando sus manos.

—¡Juan!.....

—¡Tú!..... exclamaron á un tiempo ambos, precipitándose en sus brazos.

—Sí, yo; que impulsado por mi ambición y atraído por la gloria del César, dejando mi obscuro nombre, he conquistado la banda de capitán y el dictado de caballero: yo, sí, que os dejé, abrumándoos de amarga pena, en noche tranquila, y que vengo á salvaros en noche de lágrimas y horrores.

—¡Bendito seas!.....

—No: bendita sea vuestra Madona, que permitió que fuérais mi amparo y que me manda hoy para ser vuestro escudo.

.....  
¡Singular contraste!.... Por todas partes rugía como furiosa tempestad aquel ejército de fieras. El incendio, el robo, el sacrilegio, el asesinato y las más horribles profanaciones que registra la historia, se realizaban por doquiera. Casas, templos, claustros y palacios eran entregados al saqueo y el pillaje... Sólo aquel modesto hogar permanecía tranquilo y silencioso.

A la débil claridad de la vacilante luz de la sagrada imagen, la bandera imperial lanzaba su sombra protectora sobre aquella casa, asilo de



Mascarilla de Beethoven, por FORTUNY

(copia de Oeón)

la desgracia, verdadero santuario del amor al prójimo.

Los caritativos sentimientos de los Alfieri recibían su recompensa.

.....  
Dichosos aquellos que en el seno de la familia ó desde las alturas del poder emplean sus recursos y dirigen sus esfuerzos al socorro de la desgracia.

Las obras más grandes, más meritorias ante la conciencia pública, las más fecundas en bienes y las más propicias á las bendiciones del cielo son, sin duda, aquellas que inspira la Santa Caridad Cristiana.

PEDRO MANUEL DE ACUÑA.

## Y EL SÉPTIMO...

### I

El mundo hizolo Dios en seis días....

Concluida su obra, el gran Artífice contempló los horizontes llenos de luz y de vida, las alegres campiñas matizadas de verdura, los inmensos Océanos que cantaban himnos gloriosos con el murmullo de sus ondas, los fulgorosos soles y miríficas estrellas que giraban unisonas en el espacio, las vastas llanuras pobladas de animales que se arrullaban gozando de su plácida existencia.

En aquel momento los ígneos espíritus entonaban poéticos y melodiosos salmos á su Criador; y se confundían el bien y la belleza, la abnegación y lo sublime, lo armonioso y lo infinito.

Miró hacia el Paraíso y percibió á nuestros primeros padres, rodeados de luminosa aureola de inocencia, adorando al Sér que habiales impulsado el soplo vivificador.

Sin embargo, Dios, no quedó satisfecho.

### II

Como leía el pasado, el presente y el porvenir con una sola mirada, comprendió que Adán y Eva, á pesar de ser hechos á su imagen y semejanza, caerían en la tentación de la serpiente y llegarían, por el pecado, á ser causa del desbordamiento de las pasiones; y, por consecuencia, veríanse muy pronto mezclados y revueltos los gérmenes de lo bueno y lo malo, la abnegación y el egoísmo, el vicio y la virtud, la fealdad y la hermosura, lo grande y lo pequeño, el dolor y la alegría, lo rico y lo pobre, la luz y las tinieblas, la vida y la muerte.

Preocupado el Hacedor ante la próxima amalgama de tan encontrados elementos, quedóse reflexionando.

### III

Meditó en la noche del sexto día sobre el porvenir de su obra, y sólo pensó en hermanar las pasiones, en aunarlas creando algo de perfección eterna; algo que fuera su esencia; algo de su todo, de su bondad sin límites, de su amor y de su ternura:.... un lenitivo para los desheredados y los débiles, para los perseguidos y los desgraciados.....

\*\*

Y el séptimo día, de su misma sustancia, creó la CARIDAD.

JOSÉ GARCÍA CEBALLOS.

\* \* \* \* \*

Jamás del entusiasmo  
negué mi voz al coro;  
de toda noble empresa,  
participe ó cantor,  
sobre las tumbas rezo,  
sobre las ruinas lloro,  
juzgando inagotable  
la fuente del dolor.

Por eso te conozco  
piedad, y te bendigo!  
Por eso avergonzado  
del mundanal festín,  
me atraen más los rotos  
harapos del mendigo,  
que las soberbias galas  
disfráz de tanto ruín.

Bien hayan los que logran  
con cariñoso celo  
uncir del bien al yugo  
la ruda adversidad;  
los que en la tierra luchan  
por merecer el cielo,  
y en su bandera escriben:  
—Amor y caridad!

MANUEL DEL PALACIO.

Si á mis puertas un día la miseria  
con escuálida mano triste llama,  
nadie me dé su pan el ceño adusto;  
que si el cuerpo sostén al fin demanda,  
el amor es la fuente de la vida  
y sin amor no vive ningún alma.

F. PÍ Y ARSUAGA.



Decoración de la ópera *Rigoletto*, por JORGE BUSSATO

# LA USURA

SÁTIRA

Debes á mi amistad, Fabio querido,  
que no te llame tonto á boca llena,  
pues á fe que lo tienes merecido.

¿A qué vienes con triste cantilena  
contando de tu amigo los apuros?  
¿Es para que lo sienta? ¡Enhorabuena!  
Tengan todo ese efecto tus conjuros;  
mas hay del sentimiento gran distancia  
hasta la candidez de dar seis duros.

¡Oh, Fabio, y qué atrevida es la ignorancia!  
¡Su palabra de honor por garantía!  
¡Su gratitud eterna por ganancia!  
¡Bueno el negocio está, por vida mía!  
¿Que no es negocio lo que pide, dices?  
¿Que es caridad? Permite que me rial!.....

Tú eres, Fabio, de aquellos infelices  
que nunca ven por tela de cedazo  
dos dedos más allá de sus narices;  
Y eres tan inocente y tan bonazo,  
que aun á estas horas distinguir no sabes  
lo que es limosna de lo que es *sablazo*.

Mas como son asuntos hartó graves  
estos que se refieren al bolsillo,  
es menester que de saberlo acabes.

Si un ciego ó una viuda ó un chiquillo  
piden, y á socorrer estás resuelto,  
¿qué les das? El valor de un panecillo.

Y si acaso, después de haber revuelto  
la bolsa, sólo hay plata, ¿qué contestas?  
«Perdone usted por Dios, no llevo suelto.»

¿Y no te dicen las palabras éstas  
que existe una tarifa para el pobre,  
probada con razones manifiestas?

Aunque en el pecho la piedad nos sobre,  
siempre la caridad, hablando en plata,  
amigo Fabio, se practica *en cobre*.

¿Quién la ciencia económica no acata?  
Por la ley de la oferta y el pedido,  
tenemos ya la caridad barata.

No vayas á pensar que dí al olvido  
la otra limosna fuera de tarifa,  
que tiene un *dividendo* más crecido;  
Porque ese es sacrificio de engañifa.

Que al fin por mi dinero me dan algo:  
toros..... baile..... ó billetes de una rifa.

Yo, como nunca de mi paso salgo  
y debo á mi firmeza de opiniones  
todo cuanto poseo y cuanto valgo,  
Doy á la caridad sus proporciones  
y siempre, en mis trabajos y en mis ocios,  
suelo clasificar las peticiones.

¿Que cómo? Como todos mis consocios;  
siendo la cantidad algo decente  
sólo veo *sablazos* ó negocios.

Me niego á los primeros llanamente  
y planteo los otros de manera  
que el capital produzca y se acreciente.

Por tanto, si tu amigo poseyera  
bienes, rentas, pensión ó padre rico,  
á cuya muerte prosperar pudiera,  
Con gusto atendería al pobre chico,  
pues por tus frases su estrechez barrunto,  
yo que á calmar apuros me dedico.

Y, á ser *solvente*, le ayudara al punto,  
y yo te juro, Fabio, que pondría.....  
el mayor interés en el asunto.

¿Qué dices, Fabio? ¿Que la ley impía  
de la torpe codicia es la que sigo  
y profeso á la usura idolatría?

¿Y osas, incauto, discutir conmigo?  
¿*Ubinam gentium sumus?* O en romance,  
¿de qué nido caíste, pobre amigo?

¿Que al fin me atraparás? ¡Chistoso lance!  
En estas económicas cuestiones  
aún no ha nacido el galgo que me alcance.

Mas veamos el trance en que me pones.  
¡Hola! ¿Con Aristóteles me atacas  
y Sénecas me citas y Catones?  
¿Con leyes y concilios me machacas?

# ¡CARIDAD!

## CANTO PARA NIÑOS

Letra de Federico JAQUES.—Música de Ruperto CHAPI

The musical score is written on ten systems of staves. The first system includes a vocal line (marked 'Mancos') and a piano accompaniment (marked 'Allegro'). The lyrics are written below the vocal line. The score is in 2/4 time and features various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings like 'ff' and 'f'. The lyrics are in Spanish and correspond to the text on the left page.

Lyrics from the score:  
 Pa-li-oo el  
 rostro que llame de ce el llanto Verga mi vida torpe canimur yerta de tri-o a  
 vuelto a mi harapos va la indi-gencia a busca se un ho-gar Noble mustran en el camino a-  
 cuenta pibela anparos imploran la piedad aiende la mans a-la fama estrecha  
 y el llanto seco y llevata a un ho-gar A la indi-gencia la Car-i-dad  
 abra sus puertas sehemos ho-gar, tanta y bendi-ta la Car-i-dad que el  
 llanto al po-bre sa-ber con-jur-gar

11-4-98 R. Chapí

¡Lástima que me importen dos cominos  
esos añejos textos que me sacas!.....

Elige más modernos tus caminos,  
porque antaño la ciencia andaba á oscuras  
y hoy despreciamos ya sus desatinos.

¿Qué sabe de negocios ni de usuras  
toda la *turba multa*, que me citas,  
de poetas, filósofos y curas?.....

¿A qué muertas ideas resucitas?  
Déjalas para el gusto estrafalario  
de las gentes curiosas y eruditas,

Yo no tengo aficiones de anticuario,  
soy hombre de mi siglo y..... francamente,  
juzgo todo lo antiguo..... *reaccionario!*

¿Que la moral cristiana no consiente  
que en las angustias del dolor ajeno  
busque mi lucro y su penuria aumente?

¡Y, eso á mí me lo cuentas tan sereno!  
Guárdalo para hablar con un cristiano,  
que entonces estarás en tu terreno.

¿Si admito una moral? ¡Oh, Fabio, hermano!

¿Dudas, en tu obcecada intransigencia,  
de que soy un honrado ciudadano?

¿Conoces algún auto, providencia,  
ni siquiera denuncia de delito,  
que turbe la quietud de mi existencia?

¿Que te defina la moral que admito?  
Yo no sabré decírtelo á lo sabio,  
mas soy esclavo..... del derecho escrito.

¿Que existe una moral, dice tu labio,  
en las honradas almas esculpida  
y que su ley con mi conducta agravia?

¿Y hay código que tenga, *en esta vida*,  
pena para ese agravio señalada?

¿Me castiga esa ley si no es cumplida?

Pues si faltando no me pasa nada  
y al cumplirla no crece mi dinero,  
¿por qué me he de ocupar de tal bobada?

¿Que la reprobación del mundo entero  
me seguirá doquier, y al nombre mío  
se añadirá el estigma de usurero?

¿Que en mi redor encontraré el vacío  
porque mi trato huirán mis semejantes?  
¿De dónde sacas tanto desvarío?.....

Mis alfombras há un mes eran flamantes  
y están rotas á fuerza de pisadas.  
¡Si serán mis visitas abundantes!

Por mañanas y tardes y veladas  
forman interminable jubileo  
las gentes á mis puertas agolpadas.

¿Tú piensas, Fabio, que mi oficio es feo?  
¡Aunque no fuera su provecho tanto,  
se podría escoger como recreo!

¿No asistes á los dramas con encanto?  
¿No lees novelas con placer creciente?  
Pues todos sus horrores, luto y llanto

Forman mi distracción continuamente,  
y no representados ni fingidos:  
vivos y coleando y en caliente!

No has visto, Fabio, tipos parecidos;  
ven á mi casa á verlos, te lo ruego,  
pasarás unos ratos divertidos.

Allí verás al misero labriego  
que cuenta todo un año de faena.....  
para quedarse sin cosecha luego.

Verás con cuánto afán, con cuánta pena  
pide para sembrar y el triplo ofrece,  
que espera hogaño la cosecha buena.

Verás la pobre viuda, que parece  
la estatua del ayuno en carne y hueso,  
que al hablar de sus niños se estremece,

Y que para comprarles pan y queso  
empeña la mantilla de su boda  
y al dejármela en prenda..... ¡la da un beso!

Allí al necio verás que se acomoda  
á firmarme mil duros por doscientos  
para tomar..... los *baños más de moda!*

Grandes, chicos, lujosos, harapientos,  
jóvenes, viejos, santos y viciosos,  
todos con sus canciones y sus cuentos!.....

Que no soy yo de aquellos melindrosos  
que sólo amparo dan al que es honrado,  
¡Instintos tengo yo más generosos!

¡Lo mismo al criminal que al desdichado!

¿Pide? ¿Da garantía? ¿Da ganancia?

Trato hecho. Negocio terminado!

¿Qué dices? ¿Que no pecco de ignorancia?

¿Que tengo seco el corazón enteco,  
pues hablo de estas cosas con jactancia?

Yo no sé si estará mojado ó seco.....  
mas le siento latir tranquilamente  
aquí..... junto al bolsillo del chaleco!

¡Callas, Fabio, por fin! Bajas la frente;  
á transigir tu terquedad comienza.  
Confíesate vencido francamente.

¿Que no? ¿Que no hay cinismo que te venza?

¡Que callas al pensar que *fuiste* amigo  
de un ser cuya conducta te avergüenza!

¿Eso que dices, Fabio, va conmigo?

¡Que va con todos los inmundos seres  
que sigan esta senda que yo sigo!

¡Que es santa la amistad, y que no quieres  
cubra su pabellón mi mercancía!

¡Oh, qué frases tan ásperas profieres!

Yo, Fabio, francamente, te creía  
hombre de mundo, *práctico*, tratable,  
con menos *quijotismo* y poesía!

¿Replicas que, en extremo razonable,  
toleras sus errores á la mente,  
no al corazón su vicio miserable?

¿Que nunca adularás cobardemente  
y al crimen le desprecias cara á cara,  
que la honradez es digna y es valiente?

¡Vive Dios, que contigo me enojara  
por esos tus vocablos tan..... incultos,  
si por primera vez los escuchara!

Mas no me chocan ya claros ni ocultos,  
ni me apuro jamás por pequeñeces.  
Prosigue ó cesa, Fabio, en tus insultos.

Igual me da que acabes ó que empieces,  
pues nunca como ofensa los estimo.

¡Ya me han llamado *tío* muchas veces.....

¡Sólo me asusta que me llamen *primó!*

CARLOS LUIS DE CUENCA.

Se "Luz y sombra"

Madrid 1895  
Manuel Caballero

## LA HERMANA DE LA CARIDAD

Abandonar el mundo en la edad en que todo sonríe y habla á la imaginación prometiendo una vida inacabable de delicias, para encerrarse en las sombrías estrecheces de un claustro y espaciarse allí en los dulces arrobamientos del amor divino, podrá ser hermoso. Perderlo todo, familia, fortuna, cariños y esperanzas, para vivir arrancando cuerpos á la muerte, inteligencias al error y almas á la desesperación, es sublime.

La monja se aparta de nuestras miserias: la Hermana de la Caridad consagra su vida á remediarlas y socorrerlas. Para la monja, vivir es orar. Para la Hermana de la Caridad, vivir es estar en los hospitales, en los hospicios, en los campos de batalla, en la miserable choza del pobre, meciendo la cuna del niño huérfano ó desvalido, cerrando las heridas del infeliz soldado, escuchando los penetrantes ayes de dolor del enfermo, orando sobre un cadáver inanimado y yerto, dirigiendo hacia Dios las almas purificadas por el martirio.....

La Hermana de la Caridad no tiene más fortuna que su sayal tosco y severo, ni más casa que el hospital ó el asilo, ni más familia que los que lloran.

¡No importa!

Tiene una gran patria, que es toda la tierra, y una gran esperanza, que es todo el cielo.

MIGUEL MOYA.